

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 28 DE JULIO DE 1909.

NÚM. 83.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

A nuestras suscriptoras.

Rogamos á nuestras suscriptoras que durante los meses de verano quieran recibir el periódico en los puntos donde fijen su residencia accidental, tengan la bondad de avisar á esta Administración, expresando al detalle y con toda claridad las señas de su nuevo domicilio, á donde se les servirá LA MODA PRÁCTICA sin aumento alguno de precio.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color

Dos originales y novísimos modelos de verano figuran en la portada de este número.

El primero es una *toilette* de mañana en fulard de color malva, con la túnica montada á pliegues de través en el alto y bajo. Cintura alta en cinta de Liberty negro y que termina por detrás en un lazo con colgantes largos.

Blusa de encaje, plastrón y volantes en muselina de seda ó tul plegado.



Toilette en fulard, guarnecida de bieses de seda, dibujando el canesú la sisa, la espaldilla y el canesú de la falda. Guipé y mangas en tul plegado. La falda redonda por abajo, va plisada y respunteada en la parte superior.

Falda con alto volante, con pliegues plegados y ahuecados, y mangas cortas con bandas de entredoses y volantitos dobles de muselina de seda.

El segundo figurín es de hechura Princesa, también en fulard, adornado con aplicaciones de roletes en tela.

Camisea en encaje de tul con plastrón de tul ó muselina, y tirilla en cinta de Liberty negro con lazo y colgantes por detrás.

Mangas con vuelillo, estrechas, con la terminación de volantes que caen sobre el dorso de la mano, y falda con vo ante fruncido y delantero añadido.

En la doble plana, labores artísticas por D. Manuel Salvi.

Números 1 y 2.—Enlacs mod. r. nistas AJ, AL, para bordar en sábanas de diario.

Número 3.—Nombre de Carolina para pañuelos.

Número 4.—Nombre de Juanita para bordar en sábanas ó en centro de cojín para sala.

Número 5.—Nombre de Carmen para bordar en sábanas al realce, calados y punto de armas y arenilla.

Número 6.—G, H, I, continuación de abecedario para almohadas.

Número 7.—G, H, I, continuación de abecedario para sábanas.

En nuestra ótava plana:

Número 1.—Blusa en tussor, plegada por grupos. Canesú-pechera en encaje y ricitos que adorna las mangas.

Número 2.—Blusa en fulard estampado, adornada de estrechos ribetes de seda. Canesú y bufantes en tul plegado.

Número 3.—Blusa en batista puntada. Canesú que se prolonga hasta el talle. Ricito y botones de nácar.

Número 4.—Blusa en Shantung de pliegues de través; bandas de tela, con dientes cortados; plastrón y bufantes en tul.

Número 5.—Traje Princesa en tussor; delantero terminado en punta; guipé en tela con *soutache*; gola en encaje plegado; cuello, cintura y ribetes de las mangas en bordado de seda. Cierre por delante sobre el lado.

Número 6.—*Toilette* de Carreras, hechura Princesa, de tussor, con la parte alta dispuesta por delante en bolero y por detrás forma una especie de redingote; pequeño cuello chale

en Liberty; berta bordada; plastrón en muselina de seda; cierre por delante debajo del bolero.

EGOS DE LA MODA

Permanecemos fieles á las líneas generales adoptadas por la moda al comienzo de la presente estación. Entramos por algunos meses en un período de calma, durante el cual el mundo de la modistería, tras un descanso estival, reemprenderá la creación de nuevos modelos y originales fantasías.

Las damas más elegantes aprovechan esta laxitud para idear esas preciosas combinaciones con que nos han de *epatar* en el próximo invierno. Ahora contentémonos con evocar á *Santa Muñina*, porque, en efecto, la muselina y el fulard con la batista constituyen la base de nuestras *toilettes*. Esto para los que no se han retirado al fondo de una montaña, pues, según leemos en periódicos de modas franceses, el colmo de lo *chic* consiste en ir á veranear en donde no se tenga más compañía que el murmurio de los arroyucos y la de las plantas silvestres. Como dice graciosamente Alice de Simières, las princesas del *boulevard* están de leno entregadas á sus preocupaciones bucólicas. Los primeros días de vida campestre resultan, en efecto, encantados. Se inspeccionan los jardines y se coran flores. Las frutas, al cogerlas del árbol, proporcionan gran contento.

¿Y qué me decís del placer que proporciona dedicarse á la confcción de dulces y compotas? ¿Se tienen vacas en el establo? Pues á ordeñarlas al romper el alba. Y así, con esta vida verdaderamente pastoril, pasan dos semanas las damas parisenses, hasta que, claro está, se aburren de esta pastoil existencia y se marchan á terminar la temporada á la costa azul.

No obstante lo breve del período dedicado á esas excursiones campesinas que hemos mencionado, es preciso que hagamos alguna indicación acerca de lo que «se lleva» en estas bucólicas escapadas, de moda entre la gente de viso.

En primer lugar, la frescura de las batistas, y luego, como confcción que se impone, las formas flotantes y vivas que son de circunstancias.

Los kimonos ligeritos serán así mismo muy pertinentes.

Tales «vestimentas» son muy á propósito, no sólo para dedicarse á la vida del campo propiamente dicha, sino también para que transcurran las horas de la siesta en una cómoda *chaise-longue* de paja, ó acaso y más tropicalmente, en la clásica hamaca que se tiende de árbol á árbol.

Los ingleses tienen un don especial para adaptar los tejidos á los diferentes usos de la vida del campo. Y han creado una serie de ellos, por ejemplo, el conocido con el nombre de *homespun*, bastante grueso y que no obstante es ligerito é impermeable.

Se hacen con estos tejidos largos abrigos que sirven para los días frescos y que pueden utilizarle también en el tiempo lluvioso.

No olvidemos al marchar al campo el llevar con nosotros uno de estos abrigos de circunstancias, indispensable para las excursiones en auto y que nunca echaremos de menos al iniciarse los cambios de temperatura, tan frecuentes en las regiones pintorescas.

Completando estas notas que damos acerca del modo de vestir en la campiña, sépase que la moda prescribe toda clase de adornos en los trajes, usándose con preferencia los géneros blancos para facilitar su lavado y planchado, tanto en driles como en batistas, sargas y fulard japonés. Relevemos, pues, de adornos á nuestros trajes de verano que la estación demanda; ante todo, comodidad y frescura, pudiendo hacerse extensivo este detalle no sólo á las *toilettes* campesinas, sino á los vestidos mismos que usamos en la ciudad, los que por desgracia, hoy, no podemos veranear.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Elegante vestido de paseo en fulard brillante de color, con lunas blancas. La falda lleva una túnica recogida al lado izquierdo, de donde salen unos colgantes de cinta con borlas y el talle es alto. Cuerpo con descote cuadrado, bordeado de dos bieses en satén negro, y manga de farol con puño al antebrazo.

Psicología de la Moda.

X

En Mayo florido hay que visitar París, si se quiere tener una idea exacta de lo que son las elegancias femeninas.

Este mes florido que en España sigue siendo el mes de María, se ha convertido para los parisienses en el mes de las modistas. Desde el principio hasta el fin, las fiestas abundan. Son las inauguraciones de uno y otro «salón»; son los concursos anuales de mil cosas encantadoras é inútiles; son las primeras carreras importantes de caballos; son los estrenos de la Ópera; son los bailes oficiales, en fin. Pero todo eso—y con eso la alegría luminosa de la calle—no es, en realidad, sino un perpetuo pretexto para que los señores costureros luzcan sus obras. Las mujeres más bellas les sirven de maniqués vivos, y aumentan, con sus gracias, el prestigio de la obra. Sólo que aun la misma belleza femenina pasa en segundo término. Lo principal, lo esencial, es el poema de encajes, de cintas y de sedas. Lo principal para el mundo elegante, digo. Para nosotros, simples mortales, la hermosura conserva siempre la primacía, y la *toilette* no viene sino en segundo término, ó mejor dicho: en término complementario y sólo para servir de marco á la imagen viva. Ya hace cinco siglos, Miguel de Montaña decía: «Hay mujeres en las cuales los lindos vestidos lloran». Hoy siguen llorando. ¡Oh, esas exquisitas creaciones de vaporosas gasas, cuál se entristecen en ciertos cuerpos indignos de ellas! Pero como, por desgracia, ninguna ley prohíbe á las señoras feas llevar trapos divinos, los costureros siguen cosiendo para todas, triunfantes, llenos de orgullo y de poder.

El «modisto» no existe sino desde hace medio siglo escaso. Nuestras abuelas contentábanse con comprar sus telas, sus forros, sus guarniciones en las tiendas, y con llevarlas luego á las humildes costureras que trabajaban en discretos entresuelos. En las novelas de Jorge Sand y de Balzac se ve el mecanismo antiguo. El nuevo fué creado por un inglés llamado Worth, que servía como dependiente en un «comercio de sedas» de los bulevares parisienses.

—Si ofrecemos á nuestras clientes encargarnos de hacerles sus trajes, ganaremos el doble—dijo el joven londinense, imbuido ya de ideas prácticas.

Y el socio francés, hombre solemne, convencido de la superioridad del negociante sobre el artesano, le contestó:

—Tal vez tiene usted razón; pero en mi familia no hay costureras.

Al cabo de algún tiempo, los dos señores tenderos lograron ponerse de acuerdo. El francés consintió en coser y cortar, á condición de que su nombre no

figurase en la combinación. El inglés prestó su apellido.

Claro es que unos cuantos años más tarde, ante las ganancias de Worth, cuya casa prosperó milagrosamente, infinidad de vendedores de telas y de adornos hicieron á un lado sus aristocráticos desdenes por las costureras y se consagraron á cortar trajes femeninos. En 1872, París contaba hasta una docena de modistos. Hoy puede calcularse que entre las dos mil y tantas casas parisienses que visten á las mujeres, la mitad pertenecen á hombres.

Un amigo mío, sutil analizador de elegancias, me aseguraba que las personas entendidas en la materia reconocen en el acto los trajes cortados por una mujer.

—Son más finos, más ligeros, más vaporosos que los hechos por los hombres—dice.

Luego agrega:

—Pero, en cambio, son menos armoniosos.

¿Existirá en realidad esa diferencia? Por una parte declaro que jamás lo he notado, y que entre una obra maestra de Paquin y una maravilla de una de sus rivales, no descubro diferencia ninguna desde este punto de vista. Habrá entre las dos una más bella, más rica, más elegante. Habrá entre el arte de ambos enorme distancia. Podré decir ante sus creaciones «ésta es más linda que ésta»; nunca: «ésta es más femenina y ésta es más masculina». Pero si en mi práctica personal no he conseguido llegar á la penetración de mi amigo, filosóficamente comprendo lo que hay de real en sus distingos. Un hombre no comprende la belleza lo mismo que una mujer. Es un asunto de instinto y de tradición. Ante nosotros, el cuerpo femenino es una estatua ó un ídolo. Para adornarlo, para adorarle, tenemos siempre manos de artistas voluptuosos. En nuestro respeto de la blancura triunfante de Venus, deseamos que los vestidos respetee lo más posible las líneas esenciales. En el costurero de genio, hay, ó debe haber, un escultor capaz, cual los maestros anónimos de Tanagra, de conservar todo su ritmo á la estatua á través de los más espesos velos. La línea tiene por fuerza que interesarle más que el adorno. Una sobriedad estricta domina sus creaciones. En cambio, para nuestras hermanas que se consagran á la *toilette*, la mujer, despojada de todo atractivo legendario y voluptuoso, sin altar, sin zócalo, sin misterio, no es sino una muñeca ó una niña.

Hay muñecas grandes, hay niñas de más de veinte años. Para su costurera todas las elegancias son «motivos», es decir, cosas *maniabiles*, cosas variables, cosas cuya forma y cuyo carácter pueden modificarse artísticamente. ¿La costumbre de ornar á sus hijos? ¿La práctica de

«jugar á la mamá» desde temprano? ¿O, más sencillamente la convicción algo desdeñosa, de que una dama dispuesta á vestir bien se presta á las mayores complacencias? Tal vez todo junto. En cualquier caso, esos *chiffonnements* deliciosamente ridículos que modifican los cuerpos jóvenes y esbeltos disminuyendo las curvas, transformando las líneas, haciendo los bra-

zos casi deformes á veces y á veces el pecho casi visible, bajando ó subiendo á su antojo el talle, convirtiendo, en fin, la estatua sagrada en figura modificable, esos *chiffonnements*, son peculiares á la mujer. El hombre, más respetuoso, no llega nunca á tanto refinamiento de lo artificial.

E. GÓMEZ CARRILLO.

Los cumpleaños de Clarita.

—Vamos, Clarita, date prisa en arreglar la casa—decía á su hija doña Emilia, pupilera de seis reales, con dos principios, y viuda de un comerciante de alpargatas finas.

Hoy son tus cumpleaños y vendrán á visitarte las de López, que tan criticonas son, y además el sargento Fuertes, que tan divertido es.

Ya se ve, como yo no tengo más que lo que me pagan los huéspedes, hay que arreglar las cosas de manera que parezcan lo que en realidad no son.

Peró con la utilidad de dos huéspedes de seis reales no se pueden hacer muchos milagros.

Si tu padre no hubiera muerto. ¡Ay, hija mía!

Mira, Clarita, mientras yo arreglo por allá adentro riega tú el suelo de la sala, por si Fuertes se empeña en que haya baile, no me suceda como en la reunión anterior, que á poco si me abogo con el polvo de los ladrillos, que tan gastados están. Ocho días estuve despidiendo barro por la boca y las narices.

—Pero, mamá, ¿cómo quiere usted que con los frios que están haciendo en pleno Enero riegue el suelo lo mismo que si fuera verano? ¿Qué dirían las de López, que tan burlonas son?

—Yo no tengo nada que ver con lo que digan. Además, nosotros no estamos en Enero, sino que vivimos ya en pleno verano. Ya sabes que D. Cosme, el tendero de la esquina, me tiene adelantado los comestibles hasta Julio, y hoy me ha fiado también las pastas y bollos que he traído para festejar tus cumpleaños. ¡Ay, hija!, nosotros estamos ya en relación á nuestras cuentas en el mes de Agosto.

—La llegada del sargento puso término á aquella conversación.

Mientras doña Emilia daba una vuelta por la casa, Clarita y Fuertes regaban el suelo de la sala.

Seis regaderas habían gastado en sentar el polvo de aquellos ladrillos.

Cuando llegaron las de López aquella sala se parecía á alguna de las calles de Madrid; sólo con zancos se podía andar.

*

Cantaron las de López, que son dos chicas cursilonas, pero feas, acompañándolas el sargento con dos tapaderas de lata que había cogido de la cocina.

Después de las pastas y bollos con que obsequiaba á la reunión, doña Emilia dijo:

—Ahora van ustedes á ver las fuerzas de mi hija. Anda, Clarita, haz gimnasia para que estos señores te vean.

Entonces la joven hizo con unas sillas varios ejercicios de fuerza y de equilibrio.

—Eso no es nada—prosiguió la mamá—. Ya verán, ya verán ustedes. Niña, haz ahora lo de la barra.

Y Clarita trajo una pesada barra de hierro que suspendía en el aire, cambiándola de una á otra mano con hercúleas fuerzas; pero la fatalidad hizo que uno de los extremos, curvo, de aquel pesado hierro, se enganchara en sus faldas por detrás.

Cuando más elevaba la barra, sosteniéndola en el aire, más se arrollaban sus ropas, hasta quedar al descubierto la parte posterior del cuerpo de Clarita.

Doña Emilia que estaba sentada al lado opuesto y no se había apercebido de aquella escena, gritaba desforadamente.

—Miren ustedes, miren qué cuadro presenta mi hija.

Los convidados reíanse á mandíbulas batientes; mas creyendo Clarita que era en celebración de sus fuerzas, quedóse un rato en aquella postura; pero apercebida de su ridículo, tiró la barra y fuese al fondo de la casa á ocultar su vergüenza.

De este modo terminó la reunión, menos para el sargento Fuertes, que, aplaudiendo sin cesar, se obstinaba en que repitiese Clarita aquel juego.

CARMEN URQUIZA DE CABEZAS.



Blusa de paseo para guante largo, compuesta de un pechero liso con calados de encaje y entredose. Caneles y cuello formados por entretoques y puntillas, y manga corta dentada al brazo.

Festones para bordar, Fuentes, 7.

LOS CAPRICHOS DE LA MODA



El sombrero «Chantecler».

Aunque el drama de Rostand, de ese título, no ha sido puesto en escena aún, ha dado origen, sin embargo, á una rarísima creación de la moda: al sombrero «Chantecler». Un gallo enorme descansa sobre una forma de colosales dimensiones. No se trata, naturalmente, de un gallo relleno de paja, sino tan sólo de la cabeza, cuello, pechuga, alas y cola, unidas con grande habilidad, de tal modo, que dan la impresión perfecta del ave. Como era de presumir, esta *nouveauté* ha conquistado rápidamente el favor de todas las parisienses elegantes.



El sombrero nido.

Sería difícil afirmar cuál es más lindo y admirado, si este sombrero ó el anterior. Lo cierto es que el último es escogido, gracias á su originalidad fantástica, con extraordinaria alegría por todas las mujeres de la sociedad *chic*.

Este sombrero, cuya forma es de *biambonné*, lleva un nido de pájaro de la misma materia, con sus huevecillos y polluelos correspondientes.

Largas bridas, anudadas bajo la barbilla, dan á esta creación de la moda un aspecto aún más encantador.



Nombre para bordar en ropa blanca de cama.

IMADRE!

No disfrutó jamás un humano en el mundo la dicha que disfrutaban estos dos seres. Eran casados; él trabajador, animoso, honradísimo; ella hermosa, fina, jovial; los dos muy jóvenes. Era una gloria de Dios aquella pobreza, tan dulce, tan noblemente llevada. Cuando salían los dominos a algún pueblo de los alrededores olvidábanse del cielo y de la tierra, para pensar en ellos mismos. Habían nacido en Barcelona, en Barcelona vivían; al atravesar las Ramblas, en aquellas tardes de estío, debajo de aquellos árboles, misteriosas viviendas de millones de pájaros, hacían volver el rostro a los transeúntes; él, con su blusa limpia, su gorra flamante, su rostro blanco, enérgico, su bigote finísimo; ella, limpia también, callada, con sus cabellos dorados, recogidos con donaire de andaluza, su talle enloquecedor — su carita seria, de mujer feliz, que sabe apreciar su dicha y da por ella gracias a Dios.

Aquella felicidad se colmó con una alegría nueva: la mujer era madre. ¡Dios bendito, con qué graciosa majestad supo ser madre desde el primer momento la chiquilla blanca y dorada! El marido estaba loco; tenía que contenerle la mujer en sus frenéticas demostraciones... Quedábase pensativo, asombrado de tales cosas, como queriendo convencerse de que eran ciertas. «¡Iba a ser padre!» Y paseaba por la habitación hinchadamente, arqueando los brazos, inflados los carrillos de una manera cómica, hasta que hacía arrancar la carcajada a la madrecita. Ella arrojábase a su cuello, diciéndole en tono mimoso:

—¿Le querrás mucho? ¡Sí!

—Sí, sí—decía él.

Y la mujer reclinaba la frente en el pecho del dulce amigo, ocultando sus lágrimas de felicidad y gratitud.

Había ocasiones en que pedía a su marido por favor que saliera un poco a esparcir el ánimo; pedíale que no pensase tanto en lo que «iba a venir», porque de ese modo parecía que no llegaba nunca. El era obediente, salía, distraíase algo; volvía... Ella le aconsejaba que saliese para esperarle, para verle llegar después con más alegría... Y en sus ratos de soledad pensaba en el hombre, pensaba en el hijo... los «dos hijos»: uno, invisible chiquitín, misterioso; otro, bueno, alegre, grandullón. ¡Oh, dicha! Y quedábase esperando al «niño grande», sin contar al principio que este niño empezaba a regresar de noche más tarde de lo que tenía por costumbre.

Al principio no cayó la mujer en la cuenta. ¡Le instaba tanto para que saliese! Pero se inquietó luego; preguntaba, y las contestaciones no la convencían de ningún modo. Notó después que iba algunas noches agitadísimo. «¡Gran Dios! ¿Qué era aquello?» Quiso impedirle salir y pudo lograrlo. ¡Estaba tan hermosa pidiéndole que no saliera! ¡Ah! Pero se lo impidió una noche; a la siguiente salió, como de costumbre, y volvió mucho más tarde. «¡Dios piadoso! ¿Dónde estuvo?»

—Con unos amigos.

No pudiendo impedirle salir, le quiso acompañar como en otros mejores días; pero ya no lo consiguió. Pronto iba a ser madre, y en su dolorosa soledad comparaba sus reflexiones de otra época, no lejana, con las que tenía precisión de hacer en un presente bien aciago.

Ya no contestaba el hombre a sus preguntas; se hizo melancólico, primero; sombrío, huraño, después. Ella moriase de una espantosa incertidumbre; un fantasma pavoroso fué levantándose en su corazón, abrasándose, destrozándose, volviéndola loca. Al fin se lo confesó a sí misma: la mataban los celos. Retorcíase como una leona; así fué madre... Fué madre de un angelillo blanco y rubio, como brotado de una azucena y un rayo de sol... El no le vió nacer... ¿Dónde estaría! La madre le pidió a Dios la muerte.

Concibió, sin embargo, una esperanza; esta esperanza fué el chiquitín; se lo presentó al «niño grande», y el «niño grande» pareció muy conmovido; le tuvo en los brazos, le miró, le acarició, lo soltó luego, y pudo observar la pobre mujer que no volvió a pensar en su hijo.

¡Sí, creyó morir! no estaba dispuesta para aquel desastre; confiaba demasiado en su felicidad para convencerse de que había muerto; tenía esperanza de verla aparecer, como se aparece la Virgen al alma fiel que le es devota.

Los cuidados de la maternidad distrajéronle un poco; pero él no cejaba en su extraña, misteriosa conducta; sentía ella desesperaciones mortales; el fantasma no se iba de su corazón. Era más grande, más imponente.

Una triste nueva ennegreció los tonos del ya «sombrío hogar»; al hombre le cejaron parado; ella, al saberlo, no pudo hablar de estupor. ¡Con que en el taller se había producido el hombre como en el hogar! Pero, ¿qué era aquello, Dios bendito!

Empezó la escasez y siguió la miseria. Llegó el invierno. ¡Ah, qué invierno tan frío! Faltó ropa, faltó pan, faltó todo. Ella pasábase las horas sentada en el suelo, inmóvil, enflaquecida, hundidos los ojos, con el niño, muriéndose de hambre, liado desesperadamente en un pico de su mantón. Llegaba él y paseábase con las manos atrás, ó gesticulando y accionando; entreofa la mujer frases incoherentes; le sorprendió en ocasiones con los puños crispados, como si amenazara a algún terrible enemigo oculto, a quien hubiese declarado guerra sin cuartel.

Le amaba siempre; le amaba más que nunca; tenía una noble indulgencia para su «niño grande». Pero aquel fantasma de los celos no había desaparecido de su corazón. Estaba allí, perenne, hiriéndola, matándola.

Alguna vez veía entrar al hombre, victoriosa la faz, chispeantes las pupilas, satisfecho, como seguro de que se aproximaba una era de transición brusca en su destino... de transición a la más grande, a la más sublime dicha.

Pero el infierno de ella no terminaba; viéndole más nervioso, más exaltado, más hundido en «aquello insondable» en que se

hundía, como si un extraño frenesí rigiera todos sus pensamientos, todos sus sentimientos, le siguió cautelosamente. El no la vió, no pudo, iba muy absorto en sus ideas. Además, la multitud se lo hubiese impedido. Barcelona estaba de gala; la muchedumbre lo invadía todo, se había echado a la calle para honrar a un personaje extranjero.

Seguía ella a su marido con mucha dificultad; no le perdió de vista milagrosamente. Seguía con su niño en brazos, ciega, loca. «Otra mujer le robaba su marido, cambiándole, trastornándole, haciéndole indiferente, sombrío, feroz». Seguía entre aquellas músicas y aquellas iluminaciones...; aquellas músicas que sonaban en su corazón como algo espantoso que se desgajara allá dentro...; aquellas luces que parecían arder en todas partes para hacer visibles, más descarnadamente, su abyección y su miseria.

Seguía... Y pudo oír un diálogo misterioso entre su marido y otros hombres, allá, en el campo, donde nadie los podía sorprender, en la soledad silenciosa de la noche. Sus celos, la ciega pasión, diéronla fuerzas para arrastrarse, para llegar, para oír, en fin, palpitante, aterrada. El niño no lloró. Hay horas providenciales.

Pudo convencerse; no era su rival una mujer. ¡Oh, cuánto más le hubiese valido! De las frases sueltas que oyó, lo dedujo; era horrible lo que hablaban aquellos hombres; habían echado suertes, y la suerte había designado a su marido para matar aquella noche misma al personaje ilustre que paseaba entonces por la población, sin otro escudo que su tranquila confianza en el noble pueblo español. ¡Fué su marido quien juró matar!... Juró matar, y aquella misma noche tocaríanse las consecuencias del conciliábulo, en una de esas catástrofes de que es la sociedad víctima frecuentemente, en nombre de no se sabe qué pavoroso ideal, sustentado por unos locos a quienes la locura hace asesinos.

«¡El!» Y era él uno de aquellos! ¡Iba a acometer un asesinato en su locura, sin pensar en nada, sin pensar en nadie, ni en su hijo «siquiera!» Y cuando los otros desaparecieron como fantasmas, quedó allí, de rodillas, en medio del campo, sin corazón, sin alientos para pedir a Dios que no consintiese tan horrible crimen. Hubo un segundo en que estrechó contra su pecho al hijo fieramente, como para aplastarle, y que no supiera jamás de qué monstruo había recibido el sér. Pero lloró el niño, y lanzando ella una exclamación de angustia, echó a correr desolada.

No supo por dónde fué ni cómo llegó al mísero tabuco. ¡El marido estaba allí! Al entrar ella salía él. La madre soltó al niño rápidamente y se lanzó al hombre.

—¿Dónde vas?—preguntó horrorizada.

Evadió él la respuesta y quiso salir; ella se interpuso. Ardía un candilejo sobre una mesilla; a la escasa luz contempláronse de ese modo fijo, con que los animales feroces se miden antes de acometerse.

—No saldrás—decía la mujer, y no decía más que eso; no era ocasión ya de súplicas ni plegarias, sino decir no; no, a toda costa; no, aunque la mataren; no, no.

Sombrio, fiero, chispeantes los ojos por la calentura, la empujó sin hablar; pero ella, sujetándole con sus brazos, con su cuerpo, se enroscó, se incrustó a él; su energía redoblaba la del hombre; fué una lucha brutal, insensata; se desprendió él en una feroz sacudida, quiso huir, pero ella pudo asirle de una mano nuevamente, tiró él para soltarse conforme andaba, no le soltó ella y fué tras él arrastrando. El hombre sentía en su mano febril aquella otra mano de la mujer como una argolla de hierro caldeada; pudo ella ponerse de pie aún; lucharon de nuevo y con más furia se hacían pedazos, él por soltarse, ella por retenerle; sin gritar, sin hablar ya, sólo se oían las respiraciones sordas, jadeantes, como de lobos hambrientos que se despedazan. ¿Qué se le infundió a ella para no gritar... para no pedir socorro? ¡Fué que no pensó en ello por su abstracción horrible! ¿Fué temor de delatarle si la oían? ¡Ah, madres! Cayeron los dos como árbol que el vendaval destroza. Ella quedó moribunda. Se levantó él triunfante, y sintió ella sobre su pecho, a la vez, un golpe fuerte, como de algo duro que al hombre desprendíase del bolsillo ó la cintura.

Lo comprendió... lo vió ella, con los ojos velados ya por el síncope, era un revólver.

Despertó el niño y rompió a llorar. Aquel llanto rasgó las entrañas de la madre... Allá lejos comenzaron a oírse músicas... La silueta del hombre perdíase rápidamente... ¡Ah! ¿Qué haría para retenerle aún?—decíase la mujer expirante.

—Su pensamiento estaba en el porvenir de su hijo, en el suyo, en el de aquel desdichado que corría. Creyó presenciar en tal instante la infamia próxima, le pareció ver la víctima, pensó oír los lamentos de la multitud, vió a su marido, acabando la miserable existencia ignominiosamente... Y como oyera decir al hombre, a la par, en un rugido de triunfo:—¿Quién me detendrá ahora?—respondió moribunda:—Dios.

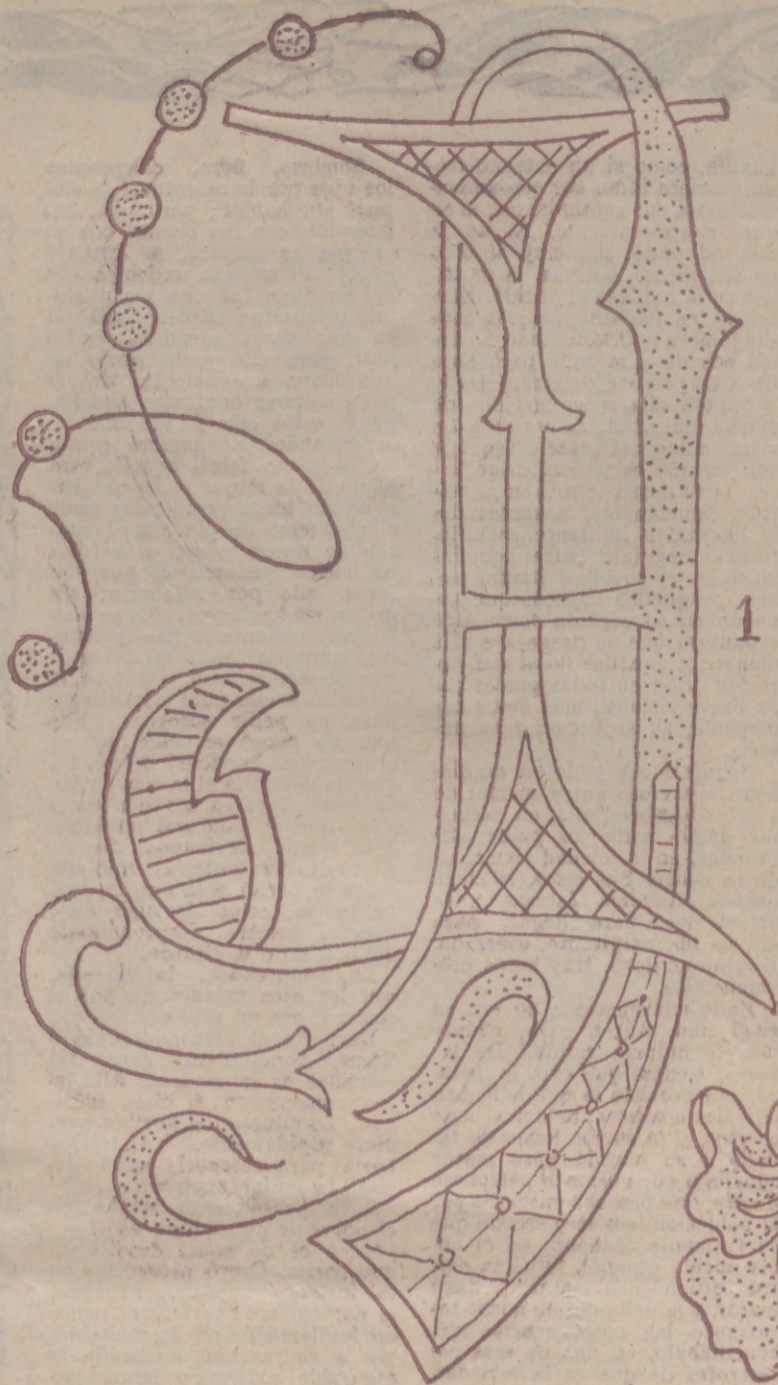
Diciéndolo levantó el brazo y disparó sobre aquella silueta que se esfumaba ya en la sombra. Se oyó un grito de agonía y el rodar de un cuerpo.

El sonar de las músicas, el llanto del niño, el pensamiento y la acción de ella, el grito de triunfo y el de muerte de él, todo fué rápido, simultáneo, como el destino ajusta los sucesos, para que encajen en el gran molde de la historia humana. A la mujer se le cayó el revólver y cerró los ojos; el niño cesó en su llanto; las músicas alejábase... Después, nada. Silencio... Silencio.

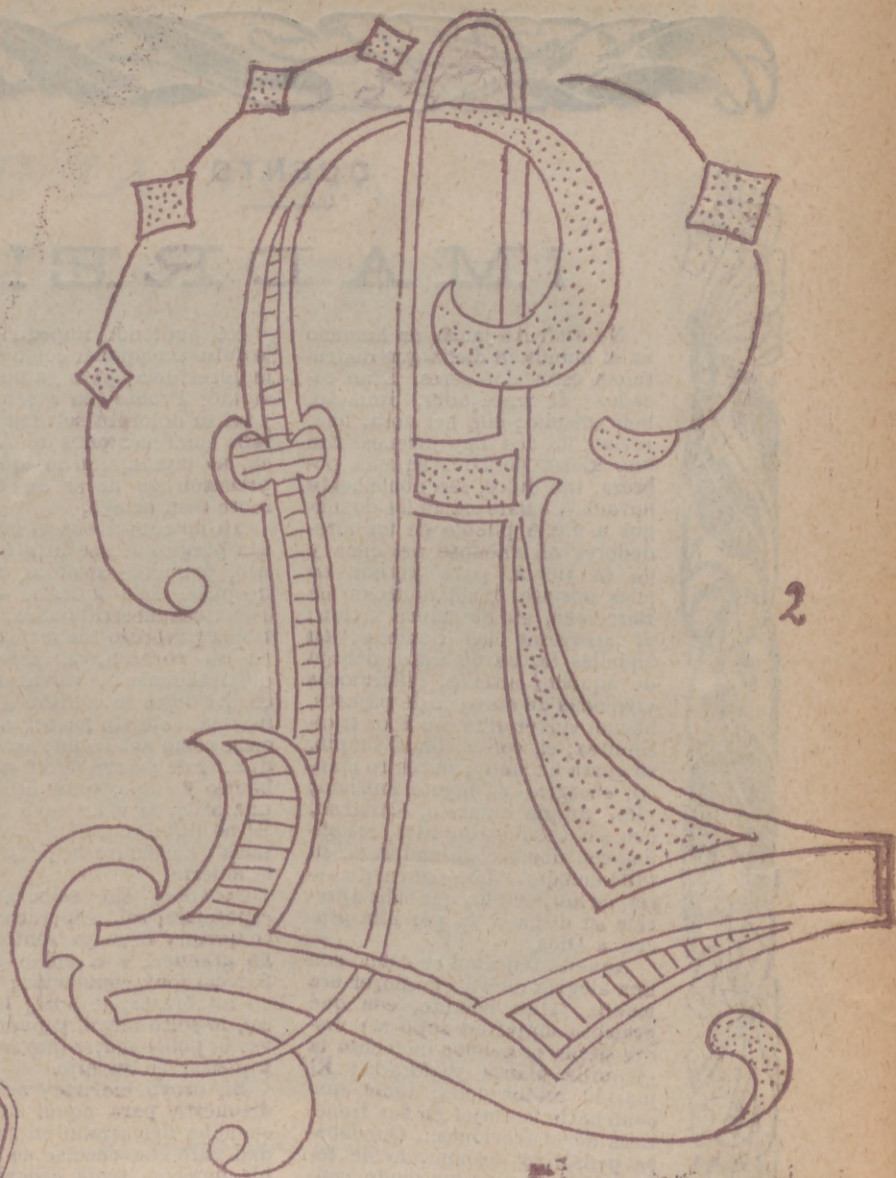
ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.

No

Nombre para bordar en pañuelos.



1



2

³
Carolina



4

M. SALVI



5



6



M. SALVI



COSAS DEL TIEMPO

LAS KERMESSES

Ha llegado la época de las *kermesses*, nombre bárbaro que, hasta ahora, ha sabido burlar la vigilancia del infatigable *vista* de la Aduana del Idioma é insuperable escritor Mariano de Cavia, aprehensor del *foot-ball*, del *reporter* y de tantas otras palabras de contrabando que intentaron pasar la frontera.

No hay solar de medianas dimensiones que no se habilite, en este tiempo, para *menejar el solomillo* á beneficio de los pobres.

Las juntas de damas, las Comisiones de la Cruz Roja, los patronatos de las Sociedades benéficas, hasta los comités de barrio de los diversos partidos políticos, organizan sus *kermesses* respectivas con cadenas de papel, colgaduras y banderolas de percalina, faroles á la veneciana y banda ú organillo, según las dimensiones del solar y la categoría del público.

En las de más rumbo se adiciona al baile una tómbola, para rifar los objetos graciosamente donados por el comercio y los particulares de la vecindad; un *bar*, en que se expende toda clase de bebidas; un *cine*, un tiro al blanco, cuatro ó cinco máquinas automáticas y, si el terreno da de sí, unos columpios y un Tío Vivo.

Madrid en esta época está plagado de *kermesses*, que tienen un sello especial cada una á pesar de ser la *mise en scene* la misma, farol más ó menos.

La *kermesse* es el espejo del barrio donde se celebra.

Si el barrio es pobre ó rico, si es aristocrático ó popular, si predomina en él el comercio ó el elemento obrero, ó la clase burócrata ó la clase menesterosa, todo eso se ve, se palpa y se huele en la *kermesse*.

los más corpulentos y arraigados árboles genealógicos.

Figuran en primer término los llamados *chulos de baile*, los profesionales del *agarrao*, los que *ponen cátedra* y conservan los moldes clásicos de la habanera y del *schotis*, sin variantes ni adulteraciones; verdaderos sacerdotes y sacerdotisas de Terpsicore que bailan con una devoción y un recogimiento fanáticos, sin hablar, sin mirar á nadie, reocentrados en sí mismos, y llegan hasta á padecer tránsitos y arrobamientos de los que les saca el bastonero, trayéndolos de un empujón al mundo de los demás danzantes.

Bailan entre sí, y cuando equivocadamente se encuentran con quien no es de su *condición sagrada*, lo dejan bonitamente plantado á los dos pasos.

Gracias á ellos no se perderá la *so'era* del típico baile madrileño.

Contrasta con este tipo el del *neofito* que acaba de llegar del pueblo al comercio ó al servicio doméstico, y da una paliza á la infeliz mujer á quien se agarra, torturándola los pies, descoyuntándola los huesos, poniéndola en ridículo ante los circunstantes, que ríen y jalean.

Hay la *real hembra*, que va con su *señor*, hombre de respetable edad y de respetable fortuna, ganada en pingües negocios de contratas, subastas ó abastecimientos; van dispuestos á *epatar* á las gentes del barrio, á llamar la atención en la *kermesse*.

Ella lleva una magnífica falda de moda, que levanta exageradamente para que se la vean los bajos de encaje, las medias de seda calada y los zapatos de ante blanco con hebilla de piedras.

ventado para el adorno del cabello.

No hay que decir que las manos y las orejas van bien fardadas.

El lleva su brillante, su cadena y su puro.

verbena, donde comprarán cosas de bulto y aparato.

No falta en las *kermesses* el gracioso con su coro de amigos jaleadores; suele llevarse alguna bofetada.

Y, en fin, el *individuo de la*



Llegan á la hora de más animación; se dan, su media docena de paseitos solemnes por entre el concurso, para que ella se luzca; bailan un par de piezas con mucha propopeya, porque á él no le permiten más agilidad los callos; se beben en el *bar* media botellita de la Viuda, se dejan

Comisión, el que interviene en todos los accidentes y escucha todas las reclamaciones y trata de aunar todas las voluntades; el que cuando hay rifas ó concursos tiene más recomendaciones que juez de tribunal en visperas de exámenes. Suele ser un tipo de prestigio. La popularidad en el distrito.

Y, en fin, hay la mamá de las niñas, que se va con todos los niños pequeños, empezando por el de pecho, y mientras las casaderas bailan y bailan con sus novios ó pretendientes, el resto de la familia se queda dormido en las sillas próximas á la entrada.

Completan el público de las *kermesses* los señoritos que van á recorrerlas todas las noches en cuadrillas, formadas en los cafés y en los casinos.

Las señoritas de la tómbola no se cambiarían por una reina.

Y el pueblo *mueve el solomillo* á beneficio de los pobres, porque la Caridad es una virtud de buen humor, que no puede vivir sin ruido ni jaleo.

Y la representarian en los altares con un mantón de Manila, tocando un piano de manubrio.

ANTONIO M. VIÉRGOL.

(Dibujos de TOVAR.)

Basta observar el público. En las *kermesses* madrileñas hay tipos fundamentales, tipos que se conservan á través de las generaciones, prístinos, incólumes, con una limpieza genésica que para sí quisieran

Cubre su cuerpo con un soberbio mantón que tiene hasta cabezas de chino superpuestas, y en la suya, recién sobada de peinadora, lleva cinta, peinetas, horquillas fantásticas, cuanto la moda ha in-

en la tómbola cinco ó diez duros, se están de espectadores y se marchan de manera ostensible para que los vean salir y tomar la *manuela* que los espera en la puerta y les dará una vuelta por toda la



DE ACTUALIDAD==Nuestras enemigas.



Tipo característico de mujer rifeña

Fotografía obtenida por el redactor artístico de HERALDO DE MADRID y LA SEMANA ILUSTRADA, D. Alfonso Sánchez, en el campamento de Melilla, y remitida expresamente para su publicación en LA MODA PRÁCTICA.

Estafeta de La Moda Práctica

Una que tiene la esperanza en los ojos.—No he podido comprender qué es lo que desea usted para sus cabellos, ni me acuerdo tampoco en este momento de la receta que di á *Una paloma*. Dígame si quiere que el pelo cambie de color, ó que se le rice ó «se vuelva» más grueso. Ruégole determine más sus preguntas y la respuesta será en seguida.

Salomé.—¡Ay da omé! ¡Ay Salomé! Esto es música de la obra *Ninfas y Sátiros*. Y ahora ya con letra sola y de mi cosecha. Empiezo por manifiarle mi disgusto, ya que no mi extrañeza, por lo de la indecisión primera para fijarse en un hombre determinado, porque si ninguno le hacía *tilín*, ¿para qué tantos novios? ¿usted cree que éstos se pueden cambiar como las comisas? Lo del profesor de oboe ya es harina de otro costal. Esas leccioncitas y de un instrumento así, no podían acabar de otra manera. En lo que no podemos estar conformes es en que, por virtud de la situación creada, haga us ed frases folletinescas. Mucho lamentos los estragos que ha hecho la columna. En último resultado acúrdese usted del argumento de *El gran galeoto*.

Mimosa.—No tema, señora mía, abusar de lo que usted llama mi admirable paciencia, y es sólo el estricto cumplimiento de un deber.

Mejor que la receta de que me habla, use usted para la conservación y blanqueza de las manos una preparación que puede us ed misma fabricar en casa y que consiste en una mezcla de almendras y salvados, así como también son muy provechosas las mezclas de glicerina y almidón.

En mi concepto, no hay inconveniente en que asista usted á esos institutos de belleza haciéndose acompañar de otra señora amiga de más años que usted. No creo, ó al menos no conozco, sus efectos, en ese jabón maravilloso con el que se logra adelgazar por un lado y engordar por otro. Eso debe ser un camelo obra de charlatanismo. Indudablemente.

Sensitiva.—Para ese novio en extremo celoso, después de ser tan feo, ¡el pobre!, como usted me dice, no creo que haya otro remedio más que la licencia absoluta. En cuanto al veitado del pelo le desaparecerá seguramente en seguida que emplee lociones de Agua Oriental, y por lo que respecta al viajecito que me anuncia, ¿cómo quiere usted, hija mía, que pueda parecerme mal? Ese permiso que solicita, á su señor esposo.

Una mujer de su casa.—A pesar de los muchos insecticidas que se recomiendan, yo me permito aconsejarle que ponga en práctica el antiguo procedimiento de las bolitas de alcanfor y naftalina.

Una rubia casi castaña.—El haber cambiado el sistema de sorteo ha sido no más que en beneficio de nuestras suscriptoras. Le acusamos recibo de su cupón. Los polvos «siempre veinte años» sirven, en efecto, para que el cutis se aterciopele, tomando ese tinte mate, «carne de avellan» que dicen las vienesas. Puede usted encontrar fácilmente lo que le recomiendo. Se trata de una fórmula a muy conocida.

Corazón marchito.—¡Pero hombre! ¿Cómo fué eso? Excuso decir cuánto lamento el deplorable estado de su viscera cardiaca. Tenga usted la costumbre de locionarse los cabellos con cerveza tibia y se le ondularán como de sea.

Si no quiere usted emplear los toqueitos de carmín en los labios, tome por hábito el hacer en ellos frecuentes succioncs. Aunque cuidado con exagerar la nota.

En el caso que me indica me parece mejor la raya al lado, aunque en esto de los peinados, he dicho diferentes veces que soy de parecer que se adopte aquel que mejor siente.

E. R.—En efecto; considero que el único remedio para combatir el vello de un modo radical es la electrolisis, ó sea epilarse por medio de la electricidad. Claro es que no puede usted por sí misma aplicarse las corrientes, por lo que deberá dirigirse á un profesor especialista de los muchos que hay en Madrid.

No tema usted abusar de lo que bondadosamente llama «mi amabilidad exquisita» y que es sólo obligación debida.

Malagueñita.—Me pide remedios para que desaparezcan las cicatrices, y yo le contesto que emplee con toda confianza el tratamiento del Agua de la Juventud y de la Belleza, uno de cuyos sorprendentes efectos, acaso el principal, sea el de lograr que se borren las profundas huellas que deja la viruela. Asimismo el propio remedio le ha de ser útil á la amiga de usted que empieza á «ajamonarse», para que le desaparezcan las arrugas que cercan sus ojos.



Use original con los delanteros y las mangas á pliegues, plastrón y gola formado por tirillas y bieses de la misma tela. Guarnición de tres pastillas de bordado de encaje en relieve, dos de ellas en forma de tirantes cortos y las otras en el centro de la parte anterior y posterior de la prenda.

Dolores.—Recomiendo su ruego en la sección de dibujo, y espero que no nan de tardar en compacerla.

Fronilda y Jacquiveive.—Vea lo que en este mismo número le digo á *Una rubia casi castaña*. En cuanto al procedimiento para quitar el vello, y saben mis lectoras que soy partidaria de la electrolisis ó sea epilarse por medio de la electricidad. Es un remedio decisivo.

Campifesa.—Es usted una deliciosa pueblerina. Sus manifestaciones me son altamente simpáticas. Consulte cuanto guste, que tendré verdadero placer en serle de alguna utilidad. Un almuerzo de cuatro platos se sirve por este orden: el plato de huevos; después, el pescado; luego la carne, y por último el asado. En el teatro y en el cine, debe usted ceder siempre la derecha á las señoras invitadas. Mejor es en las condiciones que me indica; que baje usted la escalera del brazo de su marido; pero no es ninguna incorrección que acepte usted el brazo del primer caballero amigo que se lo ofrezca.

Jazmín del Cabo.—Dirigiéndose á un buen comercio hallará seguramente lo que desea.

M. C.—En nada perjudica á la salud lo que me indica, y no hay inconveniente en simultanear ese remedio con el otro.

Las amigas de las Cortes.—Sí, señora. Se recibieron sus cupones. Las telas de lana, cuando son finas, se limpian con agua y hieles de vaca muy frescas, y mejor aún con hiel purificada, aclarándolas bien y planchando las telas á medio secar.

La ciclista.—No está en España muy admitido eso de mostrar las pantorrillas con los trajecitos de sport. Pero, en fin, no habiendo mucha gente y, sobre todo, siendo bien hechas las piernas, en mi concepto no hay inconveniente en que continúe usted pedaleando.

Lo que ya no me parece tan bien—hablando con toda franqueza—es que se entregue usted á esos juequecitos habiendo doblado «el cabo de los treinta», porque dígame, amiga mía, ¿no le parece que «da de cachet» lo de montar en bicicleta y necesitar y querer taparse las canas? Me pide usted un remedio para esto último, y le manifiesto que, en efecto, el tinte Jouvenceobra enérgica y rápidamente y que no es perjudicial para la salud.

M. J. S.—No necesitamos número alguno para el sorteo de cupones. En él ya viene el nombre y domicilio de la suscriptoras y son premiados los que primero salen de un gran cesto.

Al siguiente día del sorteo se publica el resultado en los periódicos de gran circulación, y también se hace así en el siguiente número de la misma MODA PRÁCTICA.

E. B.—Se han recibido sus cupones. Una cosa es que yo tenga la obligación de contestar á las preguntas que se me dirijan, y otra que de hacerlo cuando las interrogaciones no me parezcan pertinentes. Además, en el caso de usted, lo que ha ocurrido es que no llegó el turno. Aunque usted crea otra cosa. ¡Ah! Y no se ponga tan furiosa conmigo, que no parece sino que desea usted concitar sobre mi cabeza todas las furias del Averno.

Gloria.—No use más que la pasta *Izur* para lavarse y la crema debajo de los polvos, y por ajado que tenga el cutis recobrará su frescura y lozanía instantáneamente; la encontrará en casa de Núñez, Postas, 17 y 19.

Rosa natural.—La presentada es la que debe saludar primero. A parte de esto, es mi leal consejo que se preocupe usted un poquito más de la ortografía en sus escritos, concediendo á esto por lo menos tanta importancia como á los *tiquis niquis* del formulario social. No hay derecho á escribir *adecer* por «ha de ser».

Toledana.—Apruebo en un todo la conducta seguida por usted en ese asunto de amor. Y respecto á las vestidas que se le ha llenado su antes hermosa cabellera, use para que se uniforme el color el Agua Oriental, cuyas lociones no tienen rival para lo que usted padece.

Una que sigue tan batutta.—¿Con que tiene usted nuevos hijos, ocho cuñadas, suegra y además, el marido, zapatero de portal? Quedo anonadada, hija de mi alma, al punto de que no me quedan alientos para reponderle á sus otras preguntas. No le importe á usted por que los traes de levita no «le van á ir muy bien» á una zapatera de portal, aunque sea consorte. Ya le mandaremos los otros patrones que desea.

Una paleta andaluza.—Vienen figurinas de las dos clases. «Son igualmente bonitos y de última». Elija us-

ted el modelo que más le guste ó el que le siente mejor. Reoñiendo su ruego en la sección de patrones.

La nadadora.—Hace dos números. *La Condesa Flor de Lis* publicó en este mismo periódico, y en la sección titulada «Ecos de la Moda», información completísima acerca de lo que se lleva en trajes de baño. Aconseje á su hermanita que para los hoyos de viruela adquiera la costumbre de emplear el tratamiento del Agua de la Juventud, con la que seguramente á poca constancia que tenga, logrará que desaparezcan las señales que deja la horrosa dolencia, azote de la humanidad.

L. J.—Por Dios, señoras mías. No me atormenten más con frases gruesas porque las consultas no son contestadas en seguida. Repito por milésima vez que hace falta un turno. ¿Qué interés voy yo á tener en preferir unas ú otras suscriptoras?

A. H.—Recomiendo su ruego en la sección de dibujos. Se recibió el cupón para el sorteo de regalos. Usted no molestana nunca y puede mandar lo que guste.

Una que desea tener novio.—Insista en el tratamiento del té. Trate los dientes con jabón amigdalino. Se llave el vello. Para el aterciopelado del cutis, lo mejor que puede usted usar es la receta de los polvos «siempre veinte años».

Una churríca.—Las espinillas ó puntos negros que salen en la nariz, le desaparecerán haciendo uso de las lociones de Agua de la Belleza.

Las laguitas de la lengua si son pequeñas, trátelas con alfiler.

Eso de los padrastos obedece casi siempre á que la operación de cortar las uñas se hace con poca habilidad. Tenga, pues, cuidado.

Que el joven de que me habla use toqueitos con tintura Jouvence.

A su marido le convendría epilarse por medio de la electrolisis ó tratamiento por la electricidad.

La sal de la tierra.—Necesito saber de qué color quiere usted teñir la mantilla. Las otras preguntas de su carta son todas de carácter administrativo y las traslado por tanto á la sección correspondiente.

Azucena.—Se recibió su cupón para el sorteo de regalos. Me parece excelente el Diccionario de que me habla. Sí, señora, sé una buena receta para hacer el Agua de Colonia; pero no tiene cuenta, porque la vende buena y al alcance de todas las fortunas. No obstante si es capricho, dígamele y le daré la fórmula.

Si está bien. Una inicial del nombre de la mujer y otra del apellido del marido.

Sí, señora, Salvi es nuestro colaborador.

Una vieja prematura.—Sí, señora. Llegó á tiempo el cupón. Ese producto no perjudica ni mancha. Es, por el contrario, excelentísimo, y para lo que usted padece, se lo recomiendo con toda eficacia.

Para blanquear el cutis, vea lo que en este mismo número, y en su primera pregunta, digo á *Una churríca*. El pelo se ondula con cerveza tibia, ó por lo menos, locionándolo así, se favorece el rizado.

Recomiendo su ruego de dibujos en la sección correspondiente.

Usted no me molestana nunca. Pregunte lo que quiera que le responderé con gusto.

La Secretaria.



Charlemos.

Lina Cavalieri, la famosa actriz de soberana belleza y universalmente admirada, ha publicado en un semanario ilustrado de la ciudad de México sus «declaraciones íntimas». Pero no se crean ustedes que la estrella se ha limitado á decir cuál es la flor que prefiere, qué matiz es más de su agrado y toda la serie de cursilerías que hicieron las delicias de la juventud de hace treinta años. Nada de eso. Lina Cavalieri, queriendo dar una prueba de snobismo, ha roto los moldes, y bajo el sugestivo y modestísimo título de «Los secretos de mi belleza», da á conocer el misterio de los menurjes con que unge su cuerpo de diosa.



Elegantísima toilette de vestir en muselina de seda blanca, formada por un cuerpo falda plisada desde el cuello hasta el canesú de la cintura, desde donde baja en pliegues formando tres volantes con adorno de volantes, menos el último. En el cuerpo dos tirantes ó bandas que se cruzan y forman la cintura. La manga es corta, hasta el brazo, y la sobremanga, estrecha y plisada, termina en un volantito.

Y dice así la Cavalieri, con estilo casi periodístico: «Voy á dar á conocer algunas de mis recetas favoritas, y cuyo uso es, como se comprenderá, limitado. Siguiendo el consejo de mis amigas, he hecho lo que me han pedido; descubrir lo que se adapte mejor á mis necesidades y adoptarlo.

Entre las citadas recetas me ocuparé primero de la loción, cuyos componentes doy á conocer más adelante, y que constituye un baño altamente higiénico y refrescante. Puede mezclarse con el baño de una manera pródiga ó aplicarse sobre el cuerpo, por medio de pequeñas friegas, inmediatamente después de salir del baño.

Vinagre fuerte, 200 gramos; tintura de benjuí, 200 gramos; tintura de rosas encarnadas, 200 gramos.»

Y sigue la Cavalieri. «Véase la fórmula de mi crema favorita: Lanolina, 10 gramos; aceite de almendras, 100 gramos; agua de rosas, 100 gramos; cera blanca, cinco gramos; espermaceti, cinco gramos; aceite de geranio rosa, cinco gramos. Derretase la lanolina, la cera blanca y el espermaceti, y agréguese después el aceite de almendras. Vuélvase á calentar de nuevo y agréguese el agua de rosas, poco á poco, meneándola constantemente.

Respecto á polvos, uso la receta que sigue: polvo de talco fino, media libra; ácido bórico, media dracma; magnesia calcinada, un dracma; raíz de lirio en polvo, un quinto de onza.

Un lavado de cara todas las noches con leche, es muy saludable. Es una loción refrescante y curativa, que también se puede emplear para la piel quemada.»

Habla, por fin, Lina de los polvos que prefiere para los dientes, y que se componen de las siguientes substancias: carbonato de magnesia en polvo, tres onzas; raíz de lirio en polvo, una onza; azúcar en polvo, una onza; jabón de Castilla, media onza; precipitado en polvo de yeso, 10 onzas; aceite de rosas, 25 gotas; aceite de limón, cinco gotas; aceite de pirola, cinco gotas; aceite tánico, 15 gotas.

«Ved, por último, el secreto de por qué tengo los labios tan bonitos». Así escribe textualmente la preciosa Sina. Uso la siguiente pasta: Aceite de almendras dulces, una onza; espermaceti, una onza; cera blanca, un cuarto de onza; aceite de rosas, seis gotas. Los ingredientes deberán derretirse gradualmente, hasta que queden convertidos en una crema espesa.

Lo que no dicen las crónicas es cómo estará Lina Cavalieri por las mañanas, al saltar del lecho, desprovista de toda su famosa colección de menurjes.

SORTEO

de los regalos del mes de Julio

Como de costumbre, el viernes 23, y á la hora señalada, se celebró el sorteo de los regalos con que LA MODA PRÁCTICA obsequia mensualmente á sus suscriptoras.

Los niños María Hortelano,

Ricardo Galván, Miguel Galvez, José Antonio González y Julio González, se prestaron amablemente á la extracción de los cupones, siendo favorecido con el primer premio, consistente en una cesta con utensilios para viaje, el suscriptor D. Fernando Abuin, calle de la Cruz, 14, Madrid.

Con el segundo premio, un magnífico abanico de encaje con varillaje de nácar, al señor don Luis Parra Navarro, residente en Valverde del Camino.

Tercer premio.—Una elegantísima sombrilla japonesa con galón, recayó á favor de la señorita María Pruaño, residente en Trebujena.

Cuarto premio.—Un estuche con dos servilleteros de plata, correspondió á doña Dolores Badía, que reside en San Pol del Mar.

Y el quinto premio.—Diadema doble de concha con pedrería, á doña María Prieto, en Rivadesella.

Antes de proceder al sorteo, se incluyeron en suerte por la Administración de LA MODA PRÁCTICA los cupones correspondientes á las suscriptoras del extranjero y posesiones españolas, á quienes se les concede esta gracia, á fin de que puedan alcanzar la fecha en que se celebran los sorteos.

Los agraciados pueden entenderse directamente con la Administración de LA MODA PRÁCTICA, para recoger sus regalos en la forma de costumbre.

En el número próximo publicaremos la lista de los regalos correspondientes al mes de Agosto.

Das diñogos cogidos al vuelo.

—Querida amiga Luisa: ¡Cuánto tiempo que no vienes por mi casa! ¡Jesús, hija, qué cara de ver te haces!

—Perdóname, Manolita: pero es que ahora tengo un novio (que no le qui ro ni pizca), pero que dice mamá que no me lo merezco.

—Chica, pues si no te gusta, da'e motivo y así terminas.

—¿Cómo regañar con él?

—Pues la cosa es muy sencilla: Le citas para las cuatro,

por ejemplo, cualquier día y le das mico; ¿comprendes?

—¡Si ya lo hice, querida!

¡Pero es más constante y fiel que un perro!

Viene á las citas con toda puntualidad,

y si no estoy se contrista,

pero no me dice nada;

y no se enfada en la vida.

¡Siempre alegre, siempre bueno y siempre paga el tranvía!

Pero... (ies tan poco atrevido!...)

¡Tanta bondad ya fastidial

—Oye, Leonor, ¿no viste anteayer en Recoletos aquel muchacho tan rubio que me seguía de lejos?

—¿El del traje de lagarto?

—El mismo. Pues vino luego hasta mi casa y se estuvo en la esquina mucho tiempo.

—¿Saliste al balcón?

—Es claro.

—¡Pues hiciste mal.

—¡Si es serio y tiene mucho bigotel...

—¡Así los estáis poniendo!

Que se ríen de nosotras y que nos toman á juego.

Ya hay algunos ¡Virgen Santa!

Yo, la verdad, los desprecio á todos.

—Pues ¿y Miguel?

—Miguel está fuera de eso,

porque vale mucho más

y yo sé dónde está el mérito.

—¿Se te ha declarado ya?

—No, hija mía, no, ni quiero porque es demasiado pronto;

¡hace dos meses medio nada más que me pretende!

¡Ese sí que es chico serio!

—Pues yo tanto no esperaba porque es demasiado tiempo.

—Pero ¡si es formal, muchachal!

—Eso, lo que es, es ser necio.

FEDERICO SOLER



Blusa de vestir, en seda blanca, con aplicaciones de bandas de encaje sobre el canesú y mangas. Delantero y espalda á pliegues, á partir de un tablero central anterior y otro posterior. Mangas de jaretas como el pechero, cuello-gola con volante de la misma tela, y el mismo adorno en los puños de las mangas.

A NUESTRAS SUScriptoras RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G. Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. E. quina á la de Bolsa.

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: *San Alberto, 1, Madrid*

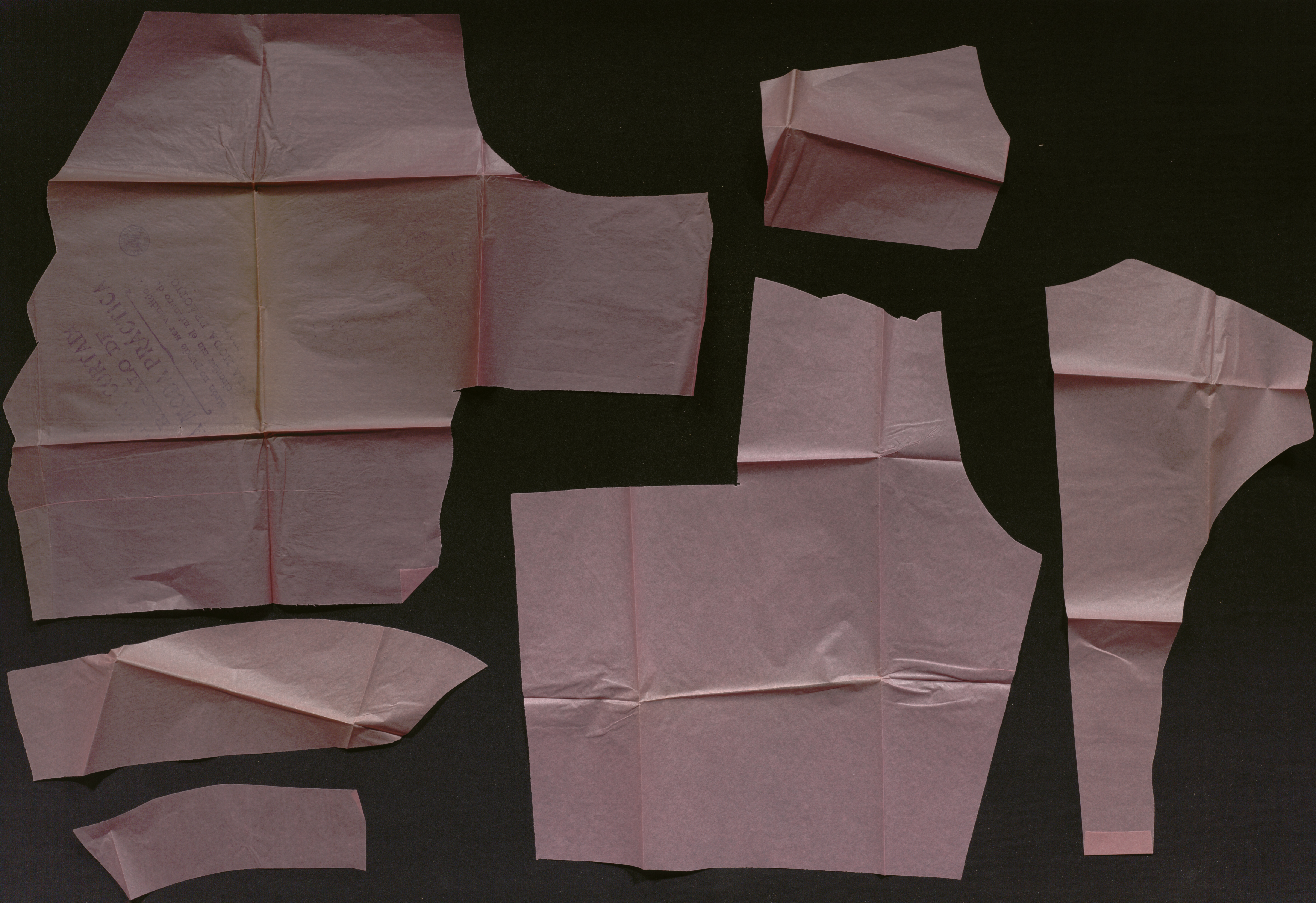
Zapatos tafilete legítimo, 7 pesetas. *Espoz y Mina, 20 y Colegiata, 2, prles.*

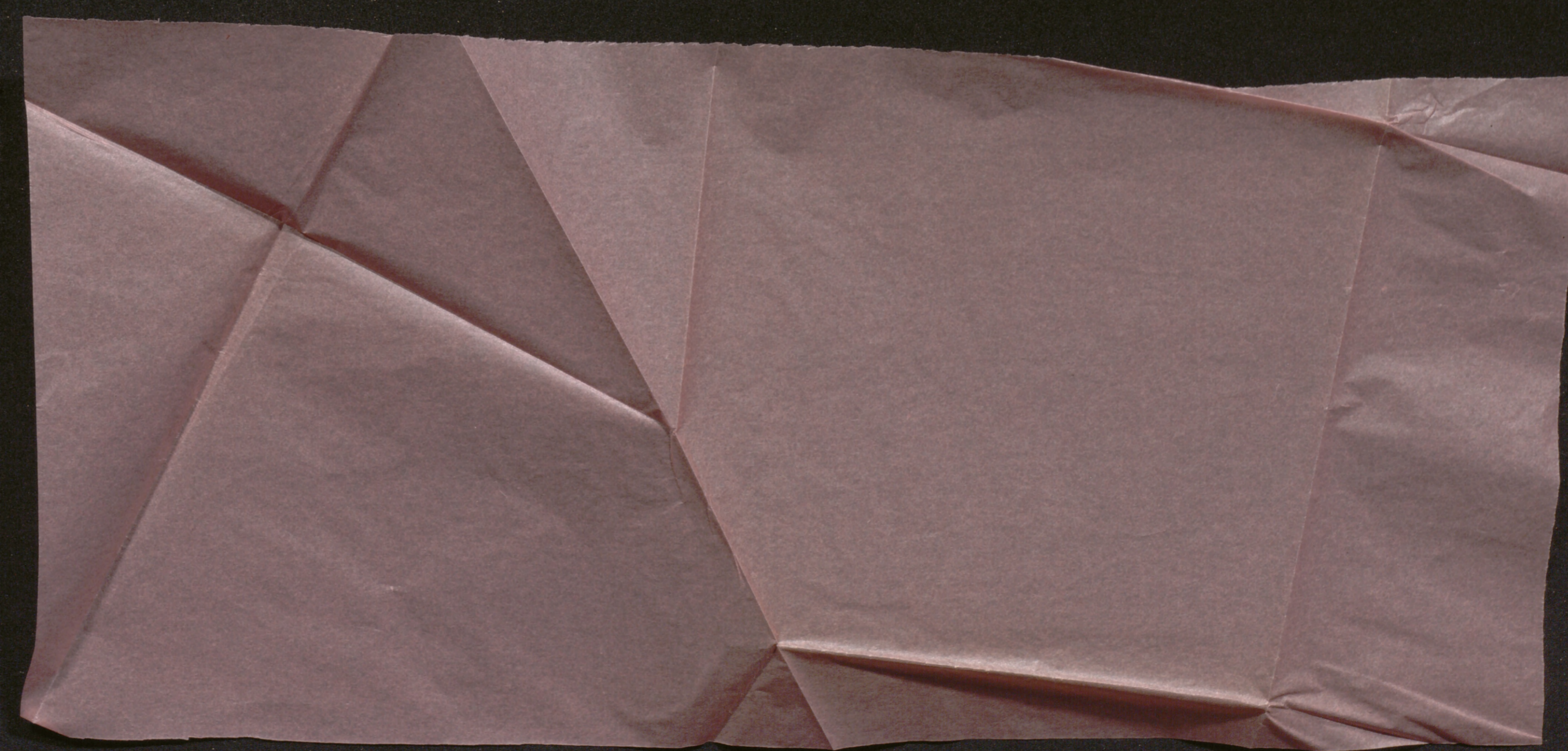
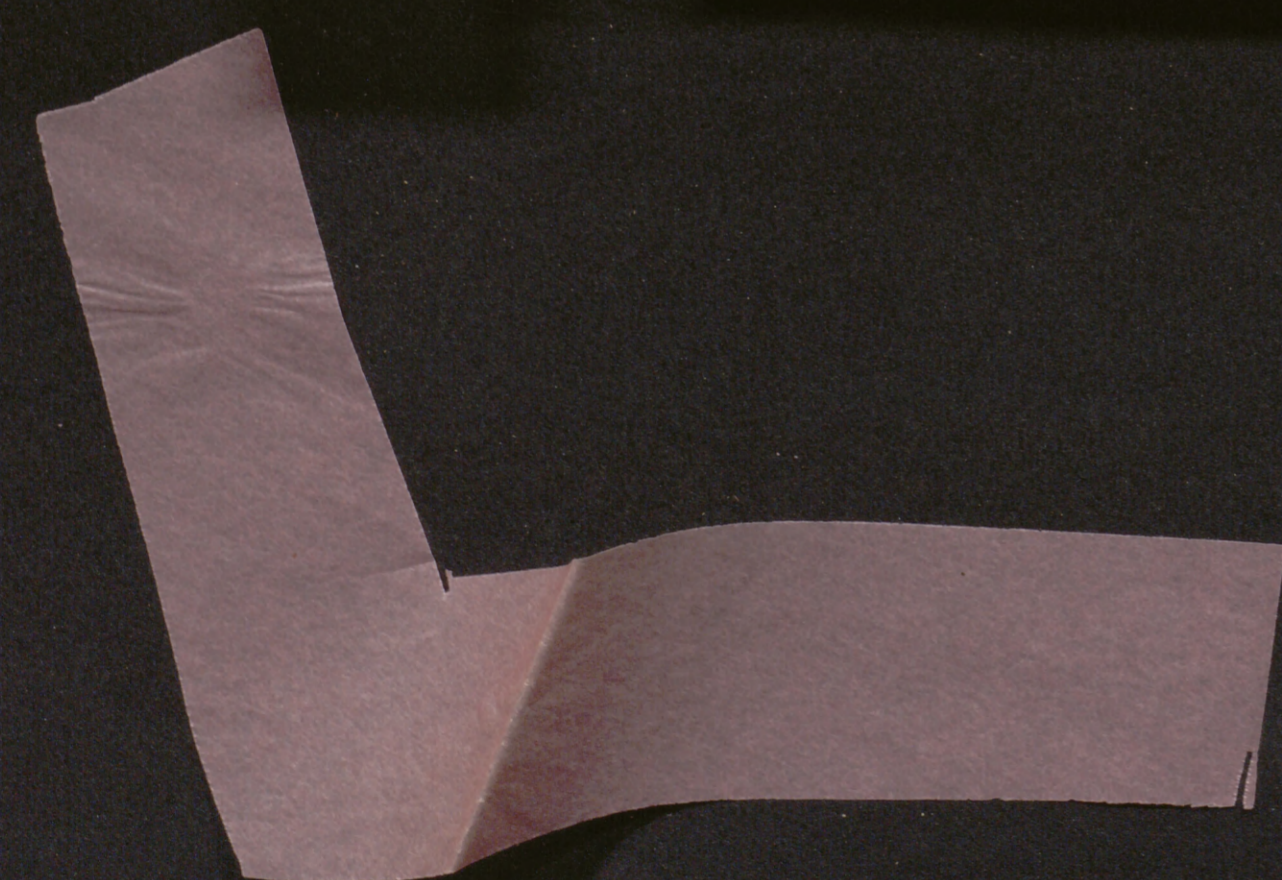
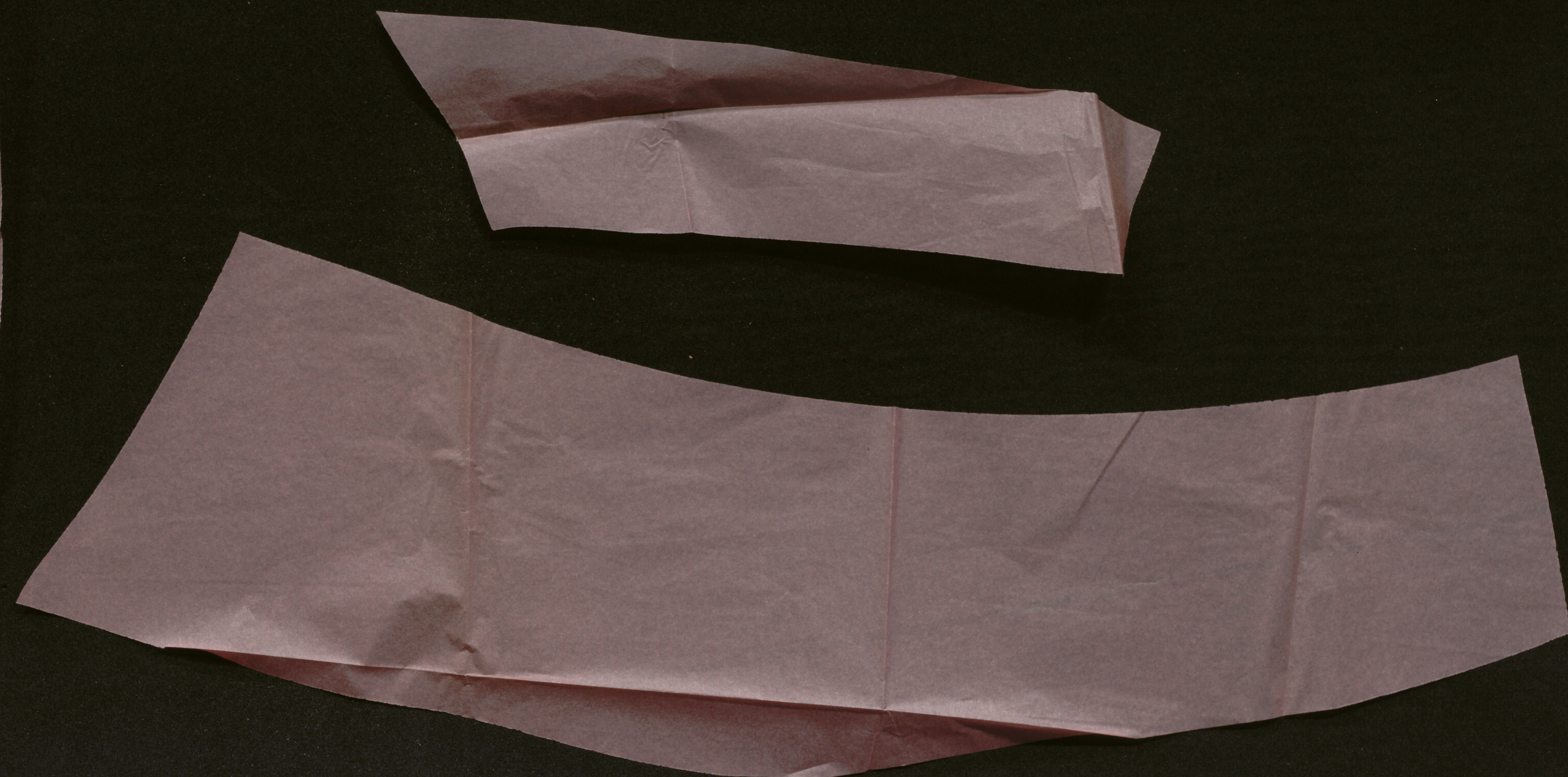
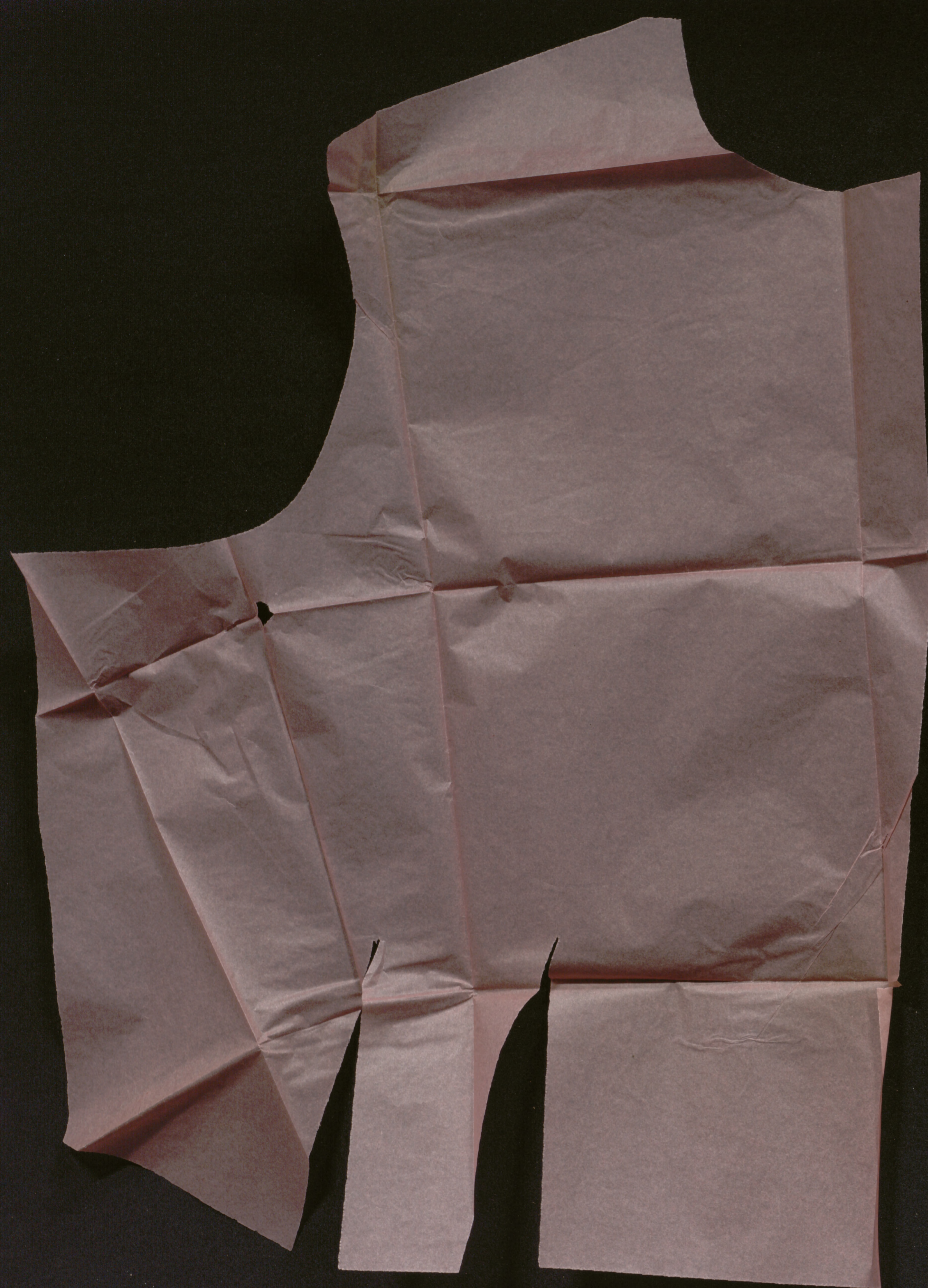
REGLAS Método inabordable para toda clase de retrasos. *Farmacia: Burot, 18, Nantes (Francia).*

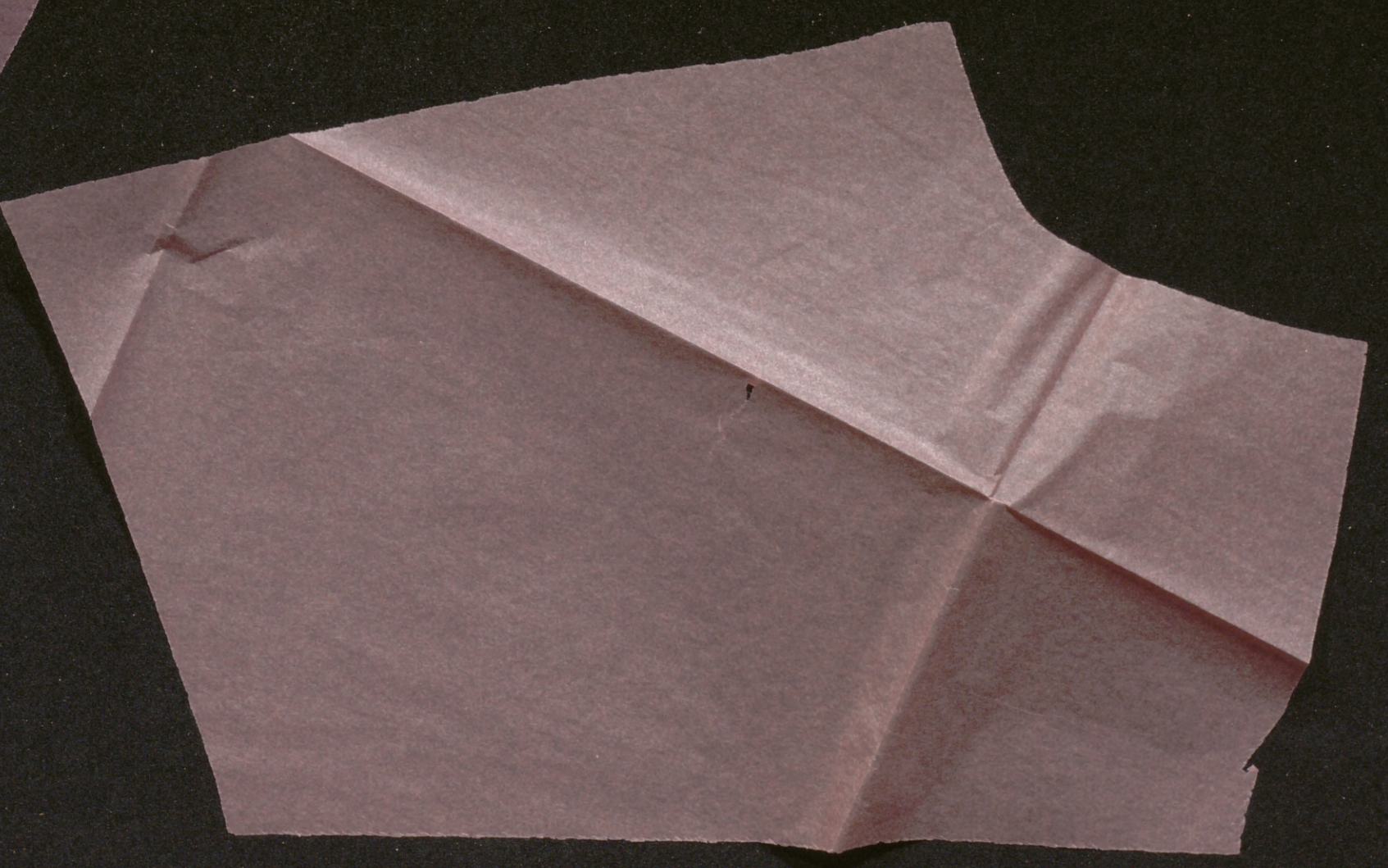
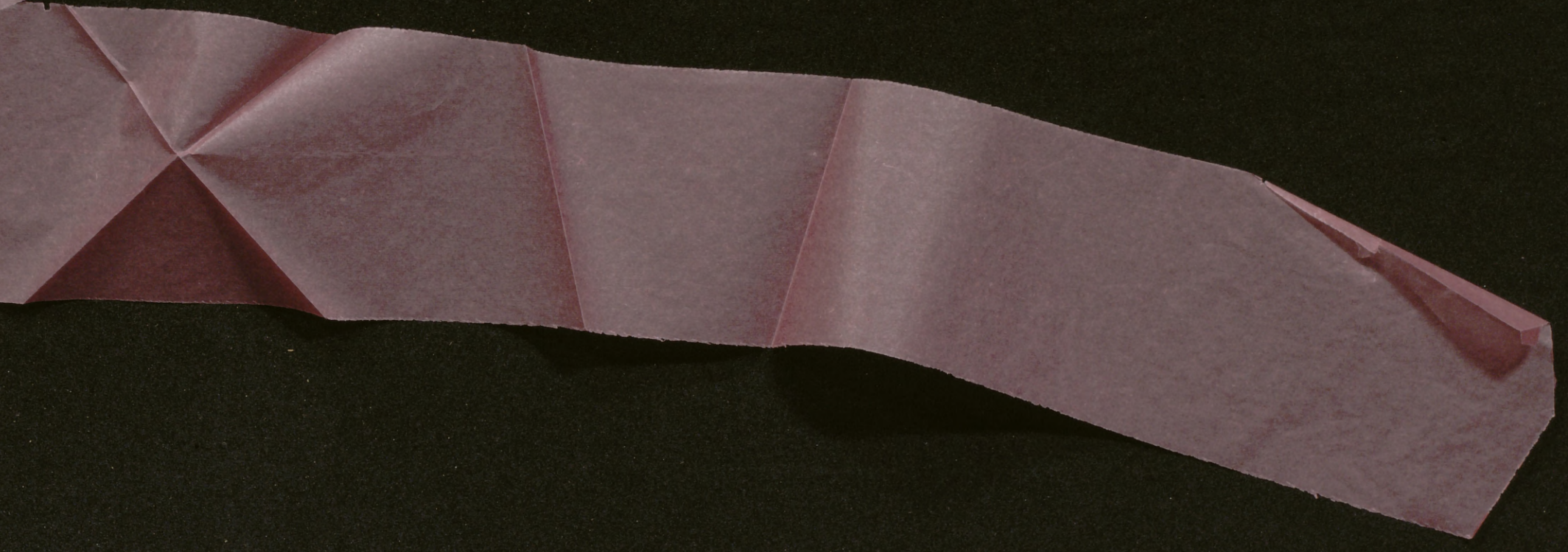
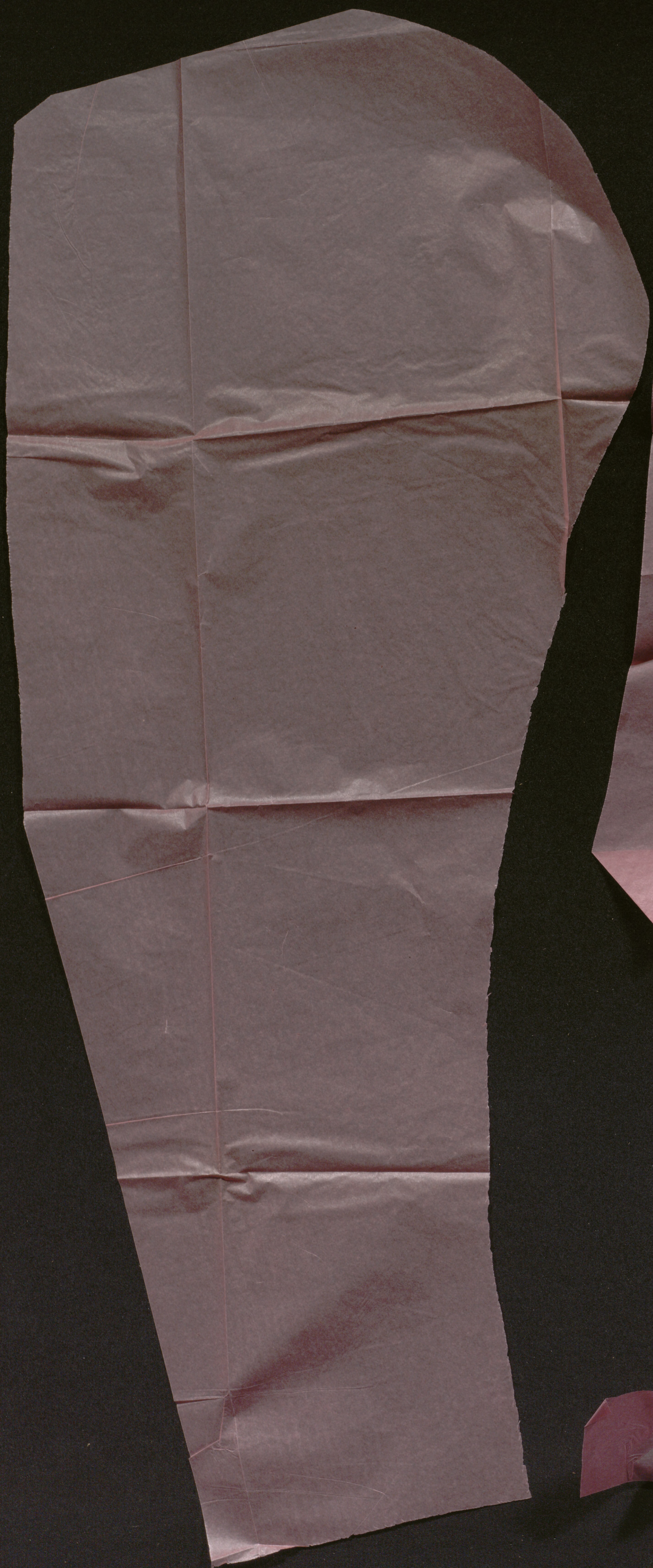
Mercería, mantelería, géneros de punto, puñetas. *Alonso y C.ª — Pontejos, 1.*

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. *Villanueva, 17, Madrid.*

Festones para bordar. *M. Guiseris, Montera, 41, Madrid. SUCURSAL: Montera, 44.*







La Moda Práctica



1



2



1



2



5



6



3



4'



5

6



3



4

75